

hoy escribe

Antonio Alvarez Solís (*)

zelatan

EL AÑO QUE VA A PASAR

Carta abierta al Sr. Guerra

Sr. Vicepresidente del Gobierno: Sobre todo hayamos sínderesis, esto es, discreción, capacidad para juzgar rectamente. Es decir, contengámonos en el debate y dialoguemos con el rigor posible. O sea, conténgase usted, sobre todo. Contenga su verbalidad torrencial a fin de que en este grave momento español podamos todos dialogar sin oscurecernos de retórica, sin atropellarnos de simplezas, sin enredarnos de verbalidades huecas y desmeduladas. Hablemos, consecuentemente, poco, ceñido, ático y fructuoso. Porque vamos a ver, Sr. Vicepresidente: ¿cómo puede usted afirmar que «es grotesco que los Sindicatos tengan como aliados a Fraga y Suárez en la huelga»? Pero ¡qué aliados, Sr. Guerra, qué aliados ni que niño muerto! Coincidentes, Sr. Guerra, coincidentes. Todo lo más. Cada cual viaja desde sus ideas, cada uno procede desde sus objetivos, cada quien tiene sus pretensiones debidamente distintas. Si todos los que usted cita fueran realmente juntos, en comunión de carne, no estaríamos ante una reunión política, dado el origen de los encartados, sino ante un accidente aéreo. Y no es eso, no es eso. Es más, me pregunto con la debida discreción y sin más ánimo que aclarar y aclararme: «¿Qué les habrá pasado a ustedes, cuidados míos, para que al fin coincidan tantos españoles? Medite en ello, Sr. Guerra, y deje de enfadarse con todos para enfadarse, en cualquier caso, con ustedes mismos en un proceso de autocrítica absolutamente necesario, a mi parecer.

Sobre todo, contención. Y verbo exacto. Porque ¿cómo puede decir usted reprobadoramente que el presunto apoyo de Fraga y Suárez a la huelga —que no la apoyan, sino que se la explican, que esto es otra cosa—, como decir escandalizadamente que ese pre-

sunto apoyo de Fraga y Suárez a la huelga «forma parte de su estrategia para derribar al Gobierno». ¡Bendito descubrimiento! ¿Y qué otra voluntad y propósito ha de tener la oposición sino derribar a un Gobierno contra el que hacen elecciones, instrumentan políticas y realizan movimientos? Pues claro que lo quieren derribar. ¿Eso le pasma a usted? Yo creo que en ese pasmo hay larvada una estupefacción producto de creerse ustedes revestidos ya de una eternidad que no me parece justificable en modo alguno. Literalmente divinos a sus propios ojos, ustedes piensan, al parecer, que la pretensión de descabalgarios del poder es una pretensión perversa contra la que cabe movilizar la voluntad nacional y no en nombre y con uso de la política sino en nombre de su sustancia angélica y de acuerdo con la protección debida a esa sustancia.

Sr. Guerra, conténgase usted, por favor. Se trata de reconducir el lenguaje público hacia horizontes asumibles por su severidad por su consistencia. Esto es, hablemos seriamente del serio momento que empezamos a vivir, con unas masas que, encendidas, ocupan ya la calle al menos para probarse que son capaces de aspir nuevamente las riendas de su destino. Hasta donde ello sea posible, claro es, pero seriamente. Por cierto, que en esa seriedad no cabe, creo, darnos instrucciones de cátedra elemental, casi de catecismo cuaresmal, como usted se ha permitido hacer. Por ejemplo ha dicho: «Una huelga general sólo se hace cuando está en peligro la democracia o en situaciones límite; cuando algún partido político no acepta las reglas de la democracia, que no es el caso». Hombre, Sr. Guerra... No enredemos con la habilidad para la confusión. Una huelga general puede hacerse cuando el desconcierto público es general y así parece

que está la calle, que estamos muchos españoles: desconcertados. Al fin y al cabo el movimiento huelguístico pone de relieve que se han acumulado muchas cosas hasta producir aquel desconcierto de que acabamos de hablar. Pero en cualquier caso deje usted de invalidar el instrumento con una argumentación de la que puede decirse, en parangón con su ya citada frase, que «forma parte de su estrategia para mantener al Gobierno», pretensión que a muchos españoles puede parecer tan recusable como la maniobra para derribarlo, que usted rechaza como lógica y condenable. Mantener a ese Gobierno, por su parte, hasta límites que la calle quizá ya no ve claros; pienso que mantenerlo más allá del servicio que ese Gobierno presta a esa calle, que tal vez esté escandalizada por todo lo que se descose. Y se descose mucho. Mire usted, Sr. Guerra, uno tiene la impresión de que andamos con todas las entretelas al aire; entretelas de escándalos, entretelas de incumplimientos programáticos, entretelas de administración estupefaciente, entretelas de disparates continuados... Usted pretende ahora, sea dicho a continuación, que los Sindicatos dialoguen y desconvoquen la huelga. Ahí corona usted su inconsecuencia verbal, porque uno duda, a estas alturas, que se pueda dialogar. Dialogar ¿de qué? ¿por dónde se empieza Sr. Guerra, tras quedar las cosas situadas donde el Gobierno las ha situado? ¡Ay, que tuvieron ustedes el alma entretendida, a lo que se ve, en el deliquio de sí mismos! Y ahora, ya ve usted, Sr. Guerra: casi todos juntos. ¿Con intencionalidad política? Pues sí. Pero ¿en qué consiste la vida pública sino en vivirla con intencionalidad política? Decía Aristóteles...

(*) Escritor

«Los partidos democráticos»

Modan jarri dute: «la decision ha sido tomada por consenso entre todos los partidos democráticos... la condena ha sido unanime por parte de todos los partidos democráticos; en tanto Herri Batasuna ha guardado un silencio cómplice...».

Demokratik berak, beraz. Gu ez. Berrito egotriko naiz gai honetar ondoko egunotan. Baina mintza bekie gaur, laburki bederen, Héctor Gros Espiell uruguaytarra, eta ONUren kontseilari juridiko ospetsua: «El derecho a la autodeterminación es la condición necesaria para la existencia de todos los otros derechos y libertades».

Hortaz: Euskal Herrian ez dago demokraziarik. Ez Ipar eta ez Hegoaldean. Eta hauxe da «demokrata» famatu horiek izkututzen dutena.

Konstituzioa, «Estado de las Autonomías» delakoa, legetasun osoa, buru—belarri defenditzen dituzte partiduak, hauetxek dira anti-demokratik. Ez gu.

Hain zuzen ere, «konsentsu legea» legetatik at, eta oinarritik beretik ustelduta jaino diren instituzioetatik at, bizi diren indarrak dira demokratikoak. Eta Herri Batasuna, bereziki, indar demokratikoen artean garrantzitsua da.

Herri honetan ez dago demokraziarik. Orain dela 150 urte dirauen bortx-giroa horrela uler daiteke, eta ez bestela. Euskaldunok demokraziaren zai gaude oraindik.

«Quisling»-ak ez: horiek badute beren poltrona. Beraz, helburua lortu dute. Ekinza harmatuak erazuteko, hemen, Palestinan eta Irlandan, autodeterminazio eskubide sakratua behar da onartu.

Eta honen ezinbezteko ondorio gisa, legetasuna (legekeria, hobe) praxi politikoa osoan (eta ez atzerriko areto dotoretan bakarrik) zapuztu, ukatu eta horrokatu behar da.

Hortxe hozitzen baita demokrazia. TXILLARDEGI

hemeroteca

ETA no es un ejército

(Pilar Urbano, «OTR/Press», 26-11-88)

(...)Su última intervención pública (la del ministro de Justicia), desde los micrófonos de RNE no ha sido especialmente afortunada. Me refiero a lo de haber responsabilizado a la familia Revilla del atentado perpetrado por ETA en Madrid(...)

En este caso concreto del secuestro de Revilla, el Gobierno tiene que apretar los puños, morderse la rabia, y callar como un muerto. Porque no fue capaz (en ocho meses) de encontrar ni rastro del maldito zulo. Porque no fue capaz de interceptar el pago del rescate, y en cambio, sí supo hacerlo en dos ocasiones la policía francesa. Porque no garantizó la seguridad del ciudadano Revilla, como en la noche del martes 22 no garantizó la de ese puñado de transeúntes que tampoco pudieron llegar a sus casas. Y, aún todavía más: porque no le dio la gana, en su preciso momento, de advertir al industrial que su nombre estaba escrito en los papeles de Sokoa.

(...)¿Acabar con ETA? ¡Muy bien! Pero, entretanto, ¿sería mucho pedir que nos protegiesen una pizca más de ETA? No es tan fácil, pero no es tan difícil.(...) Con unos miles de millones de aquí y de allá, redotar esos escasos 54.000 policías y poner otros cincuenta mil más, que no son tantos,

por las calles de todas las ciudades de España. Y no se nos diga que eso sería «tenernos vigilados». Eso sería «tenerles vigilantes».

Por el interés común

(El País», 25-11-88)

(...)Círculos influyentes del país vecino utilizan el argumento de que, siendo ETA un problema fundamentalmente político y sustancialmente planteado en España, correspondía al Gobierno de Madrid la responsabilidad de dar con las salidas políticas requeridas. Sin negar la parte de razón que, en términos generales, puede atribuirse al argumento, resulta poco solvente si descendemos al terreno concreto. Por una parte, la eficacia terrorista depende en gran parte de la existencia de fronteras que permitan a los activistas ponerse a resguardo, lo que implica, como un principio general, una estrategia internacional para hacerle frente. Y por otra, en la situación actual de creciente aislamiento y debilidad política de ETA en el País Vasco, la captura de su cúpula dirigente sería condición necesaria para forzar a los terroristas a entrar en la vía del diálogo en los términos definidos por los partidos democráticos de Euskadi.

Culpas fuera

(Basilio Rogado, «Navarra Hoy», 26-11-88)

Siempre es bueno que haya un perro para que el niño pueda darle

patadas. Echar las culpas a los demás y justificar así la impotencia, la falta de capacidad o los errores de uno, es práctica común.

(...)De la existencia del GAL, por ejemplo, la culpa la tienen los periodistas y del criminal atentado contra la dirección General de la Guardia Civil, el 22 de noviembre, en Madrid, el principal encausado

es Emiliano Revilla.

Revilla, por supuesto, no es culpable ni de esa ineficacia policial que permite a los terroristas campar por sus respetos por todo el territorio nacional, ni, por descontado, de las víctimas producidas por las bombas de ETA.

Es culpable el Gobierno, sí, de no negociar constantemente con las

fuerzas democráticas vascas, de haber esperado a la muerte de Luisito y a la cita de Montpellier para acelerar la cooperación con Francia, aunque sea a cambio de la concesión del tren de alta velocidad a la industria gala y es culpable, en definitiva, de un delito de omisión de responsabilidad, queriendo cargar las culpas a otros.



ABC